

EL MENTIDERO



DE LA VILLA DE MADRID

Nº 916 | Martes, 18 de Junio de 2024

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Monarquía ¿salida o solución?**, *Alfredo Amestoy*
- ✚ **El plan de Pedro**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **¿Eurocentrismo?**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **Normalización de la Mentira**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Begoña Gómez y la justicia Pleviscitaria**, *Guadalupe Sánchez*
- ✚ **Pedro Sánchez quiere ser impune como sus socios amnistiados, con Conde Pumpido de leguleyo**, *Francisco Rosell*



Monarquía ¿salida o solución?

Alfredo Amestoy (ABC 19.06.1014)

«Lo que está claro es que la Monarquía fue salida y es solución. Porque “salida” o “solución” no es un dilema. Suelen ir unidas»

Enrique de Aguinaga catedrático emérito de Periodismo de la Universidad Complutense, profesor de más de cuarenta promociones de periodistas, fiel a sus principios –que ha conservado hasta «sus finales», recuerda que nadie hasta ahora ha podido negar «la mayor»: que «sin la intervención de Franco, hoy no habría Monarquía en España y que Juan Carlos I fue el heredero de Franco, aunque no continuador del franquismo, ya que ese no fue nunca el propósito del caudillo».

Según Aguinaga, el «atado y bien atado» se refería al papel que había destinado a la Monarquía. Franco utilizó la expresión en tres ocasiones y siempre con relación al futuro Rey, como lo corroboró en sus memorias Sabino Fernández Campo. Cuando lo hizo en octubre de 1971, en las Cortes, el Jefe del Estado, a través del general Walters, ya había empeñado su palabra con el presidente de los Estados Unidos, al informar a Nixon de sus «previsiones sucesorias». Le garantizó que «el Príncipe será Rey y que España emprenderá un largo Camino hacia la democracia y que, con absoluta confianza, Don Juan Carlos será capaz de manejar la transición». El general Walters pudo recordar a Nixon que en 1969, y mientras el presidente veía por televisión cómo los Estados Unidos de América conquistaban la luna, horas después, el 22 de julio, Don Juan Carlos de Borbón era designado heredero al trono de España

Don Juan Carlos también podría haber dicho ese día, como Annstrong, que acababa de dar «un pequeño paso para mí, pero un gran salto para España». Otra coincidencia histórica que relaciona a ambos países vuelve a darse ahora ya que, prácticamente en las mismas fechas, se produce la proclamación de Felipe de Borbón como Rey de España, cuando en estos mismos días, pero hace cuarenta y ocho años, algo ocurrido en los Estados Unidos afectaba también a España: la aparición en el *New York Times* de una entrevista con don Enrique Tierno Galván, y que *ABC* reproduce... y apostilla. Los comentarios, publicados el 15 de junio de 1966, no satisfacen al «viejo Profesor» que envía una carta a su director, don Torcuato Luna de Tena. La carta se publica el día 19 de junio; es decir, tal día como el señalado para la proclamación del nuevo Rey de España. A la coincidencia y a la oportunidad, creo se unen en estas cartas su interés histórico y su contribución a despejar algunas incógnitas. «Muy señor mío: En el diario que usted dirige, de fecha 15 de los corrientes, ha aparecido un resumen de unas declaraciones hechas por mí al corresponsal en Madrid del *New York Times*... Le agradecería perfeccionase el mencionado resumen publicando esta carta en la que transcribo algunos conceptos de la entrevista.

1º Distingo entre «salida» y «solución». Incluyendo la Monarquía en la categoría salida, refiriéndome a la situación actual, pero sin prejuzgar si será o no una solución.

2º La Monarquía a la que aludo sería democrática, caracterizándose por las siguientes notas:

- a) Consentimiento popular.
- b) Pluralidad de partidos políticos.
- c) Sufragio universal.
- d) Sindicatos libres.
- e) Ausencia total de discriminaciones por razones de la pasada contienda civil».



A esta carta sigue una Nota de la Redacción en la que *ABC* muestra su disconformidad con los criterios del señor Tierno Galván.

En su punto número 1, sobre la distinción que hace entre «salida» y «solución», *ABC* responde que «el Estado Español del futuro, con la Monarquía, ha de ser fuerte, progresivo, enérgico y democrático, para que pueda enfrentarse de modo eficaz a los problemas reales de la vida española de modo que sea lo que el señor Tierno considera una “salida”, precisamente por ser la “solución”».

En el punto número 2, el catedrático de Derecho Político de la Universidad de Salamanca, declara que su Monarquía sería democrática y pone las cinco condiciones que ya conocernos. Si todas se cumplieron la primera fue superada con creces, ya que la Monarquía ha contado no solo con adhesiones sino con cohesiones que le permiten enmendar y subsanar, rápidamente errores y desaciertos, y corregir el rumbo con hábiles golpes de timón.

Respecto al punto quinto, «ausencia total de discriminaciones por razones de la pasada contienda civil», la propia biografía de Tierno, presidente de un partido político y alcalde de Madrid, evidencia que no hubo discriminación. Por si no bastara, esa providencia ya la había establecido el propio Franco cuando, en plena guerra civil, hace una confesión, según Aguinaga, no muy conocida «Si alguna vez, en la cumbre del Estado vuelve a haber un Rey tendrá que venir con el carácter de pacificador y no debe contarse en el número de los vencedores». Es decir, se anticipaba en treinta años a Tierno y lo hacía cuando todavía ni siquiera había nacido Don Juan Carlos. Esa declaración del general Franco, pertenece a una entrevista publicada el 18 de julio de 1937 en *ABC*.

Lo que está claro es que la Monarquía fue salida y es solución. Porque «salida» o «solución» no es un dilema. Suelen ir unidas. Las azarosas son sus alternativas. Lo contrario de la solución es el problema. Y la ausencia de salida supone retroceso y marcha atrás.



El plan de Pedro

Emilio Álvarez Frías

■ Pero Pedro! ¿Cómo te atreves a que, pasado el verano, y a tu vuelta de vacaciones en La Mareta y Las Marismillas... –porque no te perderás la visita a los dos enclaves, no sea la última vez que los disfrutes antes de salir del Gobierno– vas a ofrecer un plan de actuación para el tiempo que resta de que puedas permanecer en el Gobierno?

Piénsalo. Llevas seis años dando la monserga como presidente de Gobierno y no has tenido tiempo de proponer un plan de actuación. Todo lo más sacar el bastón del progresismo y colgando de él muchos decretos ley, algunas de las leyes más absurdas que ha parido madre, y muchos churros con los que has intentado, y conseguido casi siempre, cargarte la legislación seria que tiene el país. Y promesa. Promesas cada dos por tres sin que cumplas ninguna salvo con parches. De la vivienda nada serio hasta el momento y ya ha pasado tiempo desde que contrajiste el compromiso. Pero planes, lo que se dice planes, ni uno. Ni siquiera has querido adoptar alguno de los propuestos por el PP con el que quizá te podías haber lucido.

Por eso, seguro, por mucho que lo intentes, no serás capaz de sacar adelante ningún plan de actuación. No sabes. No saben por dónde meterle mano la panda de ministros que reúnes a tu alrededor para que te aplaudan. Sois incapaces porque lo único que pretendes es deshacer la organización del país y eso lo vas consiguiendo a trancas y barrancas con las cosas que se te ocurren cada día, y las contrarias del día siguiente. Y así no se puede programar ningún plan de actuación. Para eso hay que sentarse con gente que sepa de cada uno de los temas a tratar, analizar cómo está el país al respecto, estudiar lo más adecuado para enderezarlo y poder pensar en nuevos objetivos, y ponerse a trabajar en serio con gente capacitada no con profesionales del chupa chups que, con harta frecuencia, meten las manos en las arcas de la nación.

No sé cómo te moverás en el verano que nos espera. Puede que Mohamed te obligue a dar un paseo por sus tierras y las que le has regalado antes de pasar por Lanzarote o Doñana. Pero deberías pensar lo que se va observando por Europa respecto a la caída de la izquierda y progresar la derecha. Hasta los jóvenes franceses eligen a la ultraderecha confesando que están «hartos de no sentirnos seguros en nuestro país». Es una confesión muy seria. Se han dado cuenta de que la izquierda solo lleva al desastre de las naciones; y eso que no creo que tengan una izquierda tan perversa y siniestra, además de inepta e incompetente y ramplona como nosotros. Lo que amigos de lo ajeno a lo que son aficionados nuestra plebe, no es fácil atinar, pues no sé nada de los franchutes al respecto; pero me temo que parecido.

Pedro, lo mejor que puedes hacer es largarte de una vez. No tienes futuro salvo que los jueces que no te gustan encuentren algo por dónde cogerte y complicar tu existencia: desde haber hecho un pecado con alguna de las leyes que te has pasado por el puente, a descubrir dónde tienes los ahorros y las secuelas del ejercicio de los saberes de Be-goña. Quizá en la República Dominicana puedas disfrutar de buen clima, tranquilidad y

nuevos negocios. Sin programar planes, no sabes. Tú a lo que salga cada día. Deja el engaño del progresismo a Pablo Iglesias, a su compañera, a la Yoli o alguno de sus secuaces.



¿Eurocentrismo?

Manuel Parra Celaya

Un servidor va algo más allá, por supuesto, y se plantea a diario aspectos tan importantes como dónde situar las auténticas raíces europeas, las que corresponden a sus verdadera esencia y pueden sustentar una futura unidad, más allá de la economía y del vasallaje a los EE.UU.

Como millones de europeos, he repasado en la prensa los resultados de las elecciones al Parlamento de Estrasburgo, procurando leer entre líneas y más allá de ellas para matizar el inevitable triunfalismo de todos los partidos con sus resultados, sean buenos, malos, mediocres o regulares.

Un comentario general periodístico es que *Europa ha girado –o está girando– a la derecha*; bueno, pero ya sabemos por experiencia que una gran parte de esa derecha no tendrá el menor escrúpulo en pactar con sus teóricos adversarios de la izquierda, siempre que se trate de mantener el *establishment* supranacional o estrictamente nacional, dentro del *Sistema* omnipresente; en efecto, el *combate cultural* suele disfrutar de muchos *armisticios* cuando se trata, por ejemplo, de debatir aspectos de la *Ideología Woke*, de mantener las *leyes de memoria* o de defender la vida de los nasciturus...

Un servidor va algo más allá, por supuesto, y se plantea a diario aspectos tan importantes como dónde situar las auténticas raíces europeas, las que corresponden a sus verdadera esencia y pueden sustentar una futura unidad, más allá de la economía y del vasallaje a los EE.UU. Esas raíces deben reconocerse y revitalizarse, y se plasman en valores, pues, en teoría, estos pueden desaparecer del panorama social en un momento dado, por presión social y política e inducción de otros contravalores, y *redescubrirse* cuando cambien las circunstancias y de la mano de otras generaciones; de esta forma, los valores olvidados o secuestrados son siempre *potenciales*, aunque no sean, ahora, *actuales*; destacar su cualidad intrínseca es una tarea que me ilusiona mucho más que el introducir mi voto en una urna cada cierto tiempo. Veremos si el supuesto cambio de rumbo parlamentario europeo tiene o no presente esta misión axiológica.

Profundizando en el tema, digamos que se trata de un problema más moral que político, y, según Manuel García Morente, «*la función moral es una función estimativa*» de aprecio de esos valores, estén o no en el candelero de la moda. Por algo dirá Ortega que «*valorar no es “dar valor” a quien por sí no tenía; es reconocer un valor resiliente en el objeto*», pues «*los valores son algo objetivo y no subjetivo*»; dicho en términos más pedestres: no dependen del número de voto que alcancen en un escrutinio ni de las variables apetencias que pueda sustentar una determinada generación de europeos, en esta caso que nos ocupa.

En consecuencia, sigo empecinado en que las verdaderas raíces de Europa están en el Clasicismo grecorromano, en el Cristianismo y en la Germanidad medieval, a todo lo cual hay que sumar, claro está, las aportaciones posteriores a lo largo de los siglos, purificándolas de sus errores manifiestos, y unirlas a un proyecto ilusionante de cara al futuro.

De acuerdo con todo lo dicho, no tengo el menor problema en poner en revisión mi presunta condición de *eurocéntrico*; he repetido en infinidad de ocasiones que me considero *ciudadano de Europa*, lo que viene a ser similar al dicho orsiano de ser *ciudadano romano*, especialmente cuando me entusiasmo, verbigracia, en mis visitas a Itálica, a Cáparra, a Mérida o a las orillas del Tíber.

Si repaso la historia, llego a la conclusión de que, al modo que Roma engendró el mundo conocido de la Antigüedad, Europa ha configurado ha configurado el de la Modernidad, con sus luces y sus sombras; no obstante, parafraseando a Ortega, debo admitir que *Europa hizo el mundo y Europa lo ha deshecho*; una versión de Europa, por supuesto, que ha abdicado de los valores que conforman su esencia.

Europa fue antaño sinónimo de *Cristiandad*, pero, sobrepasado este concepto por la Ilustración, devino en el de *Occidente*, del cual la América anglosajona era un simple apéndice; otra cosa fue, por supuesto, la América hispana, afortunado ensamblaje mestizo de lo europeo, predominantemente en su versión española, y lo nativo americano.

Pues bien, lo *occidental*, y, por ende, lo europeo, ya *no vende* en otros países; hay numerosos dedos acusadores que señalan a nuestra Europa y, en ella, a nuestra propia España, en adaptación renovada de una *leyenda negra*, extendida a todo el Continente; los antaño apéndices transatlánticos, ahora con términos invertidos, tienen mucha parte de culpa. Me temo que parte de los parlamentarios de Estrasburgo han asumido esa idea negativista de lo europeo y lo occidental.

En estas circunstancias, me es difícil definirme como *eurocéntrico*, a riesgo de deformar una realidad y un sentido del término. No obstante, como he leído últimamente no sé dónde, *Europa es más que un continente; es un contenido*, y ese contenido o sustento viene dado por las raíces, derivadas en valores, que van a ser debatidas o no, en Estrasburgo en esta legislatura; confío en ello. Si es así, soy decididamente *eurocéntrico*, pese a quien pese.



Normalización de la Mentira

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Sánchez ya se ha cargado el futuro del PSOE y hace lo posible por acabar, lenta pero persistentemente, con nuestra democracia de ciudadanos libres e iguales

Según Sánchez el fango lo ponen otros pero él –o en ocasiones algún siervo– es quien amenaza, chantajea, insulta, señala enemigos con los que hay que acabar, y ataca a familiares de sus adversarios políticos, no acepta el resultado de las urnas –pierde siempre pero se ufana de que gana–, se vale de partidos que bautiza como progresistas pese a que fueron siempre carcupia integrista, trabucaire y racista. Sánchez parece haberse convertido también en el «puto amo» del Diccionario. Lo emplea como quiere, censura lo que le conviene, y cuenta para ello con la ayuda nada disimulada de la presidenta del Congreso. Sánchez ya se ha cargado el futuro del PSOE y hace lo posible por acabar, lenta pero persistentemente, con nuestra democracia de ciudadanos libres e iguales. En esa ofensiva incluyo como damnificados a la unidad en lo interior y a la valoración de España en lo exterior.

Me costó entender en la noche electoral esos millones de votos que sumó el PSOE. Después de lo que habíamos vivido. Hay una marea de votantes que le perdonan todo sencillamente porque no están enterados. O son errados persistentes. Me llegaron un par de reportajes grabados a

las puertas de mítines socialistas y me sorprendió la lejanía de la realidad de esa buena gente que opinaba, algunos con mejor humor y educación que otros, pero sus respuestas me parecieron sinceras. Sánchez no había hecho nada mal, las críticas a su gestión o no existían o eran inventadas por los ricos (sic) y por los fachas, la corrupción nada tenía que ver con el PSOE que había acabado con ella, y casos como el de Begoña Gómez eran inventos para acabar con ese gran político. Varios aseguraron que vivían mejor gracias al Gobierno y desde luego, negaron que España tuviese una deuda que llegará a nuestros nietos y que hubiese más paro juvenil que en el resto de la UE. Tuve que seguir el vídeo varias veces para asimilarlo.

A Churchill se le deben algunas frases, inteligentes como suyas, sobre la democracia. La más conocida: «La democracia es el peor sistema de gobierno, a excepción de todos los demás». Me quedo, en el contexto del artículo, con otra frase no menos relevante y cierta: «El mejor argumento contra la democracia es una conversación de cinco minutos con el votante medio». Recordé las respuestas de los asistentes al mitin socialista. En lo que se basaban era falso y estaba demostrado que lo era, pero ellos se lo creían. La mentira se había abierto camino en sus cotidianidades y no se sentían capaces de diferenciarla de la verdad. Lo cierto es que a fuerza de mentir Sánchez y los suyos tendrán ya serias dudas de si lo que sueñan, imaginan y dicen es verdad. Creen sus verdades mentirosas tanto como que la economía española va como un cohete.



Jonathan Swift, el irlandés que llegó a deán de la catedral de San Patricio, en Dublín, y pasó a la historia literaria por sus obras satíricas, la más conocida *Los viajes de Gulliver*, una crítica mordaz de la sociedad de su tiempo que ha acabado de lectura para niños, publicó en 1712 *El Arte de la mentira política*, un ensayo satírico escrito con las dotes del observador minucioso y la intención de quien maneja un escalpelo para diseccionar a la sociedad, desde la misantropía, la desconfianza y el desprecio por el comportamiento humano. Borges escribió que Swift trató siempre de «desacreditar al género humano». Cito a mi admirado Borges y vuelvo a inolvidables cafés con él y María Kodama en el viejo Madrid lopesco y cervantino. Ese arte de la mentira política, como reflejo del Swift implacable desde sus complejos de infancia y adolescencia, podía haberse inspirado en nuestro tiempo en el ejemplo del nuevo Pinocho monoclovita, no se sabe alzado sobre qué complejos o patologías.

Padecemos la normalización de la mentira como equipaje político, como materia natural de la que muchos políticos se valen no ya para manipular la verdad, también para disfrazar lo falso de auténtico con el respaldo de personajes desaprensivos, a los que no detienen el pudor, la profesionalidad, o el futuro. Cada cual quedará en el lugar que le corresponda. Pienso en los juristas que dieron por buena la condición constitucional de la Ley de Amnistía, en los letrados de las Cortes Generales que lo avalaron, en los diputados socialistas que no pocos votarían desoyendo a sus conciencias. Y, perdónese me acaso una ingenuidad: quiero confiar en que un jurista con tanta veteranía como el presidente del Tribunal Constitucional no ensuciará su biografía, ya a la altura de los 74 años, con nuevas togas manchadas por el polvo del camino.

Al residente en Moncloa, entre fangos y mentiras, le recomiendo releer a Churchill del que siempre se aprende: «La democracia es la necesidad de inclinarse de cuando en cuando ante la opinión de los demás». Le gusta poco o nada, pero que pruebe. La opinión de los demás no le interesa. Acaso cree que no miente porque ha perdido la percepción del mentiroso, o cree que siempre está en posesión de la verdad. Pero eso sólo lo creen los tontos o los locos.



Begoña Gómez y la Justicia Plebiscitaria

Guadalupe Sánchez (*elSubjetivo*)

Licenciada en Derecho, abogada en ejercicio)

«Estamos asistiendo a una mutación constitucional orquestada por el populismo sanchista que nos aboca a una dictadura plebiscitaria»

El eje en torno al que pivotan las democracias liberales son las instituciones independientes y neutrales cuyo desempeño no se ve condicionado por quienes se encuentran al frente del gobierno. Su versión degradada, la democracia plebiscitaria, gira en torno a la voluntad caprichosa de un líder mesiánico, cuya legitimidad emana de la voluntad de un pueblo devoto. Weber denominaba a estas últimas «democracias de caudillaje», siendo uno de los elementos que las caracterizan el carácter emotivo y espontáneo de la entrega y confianza popular en el líder.

En esta suerte de democracia emocional, las elecciones no avalan o rechazan los programas o propuestas de los candidatos, sino que se convierten en actos de ensalzamiento personal y refrenda irracional de un líder cesáreo investido como jefe heroico protector, capaz por sí mismo de derrotar a los enemigos que amenazan el bienestar de sus súbditos.

España se encuentra ahora mismo en ese punto exacto de cocción. Mientras la oposición trata de convencer a su potencial electorado con estrategias más o menos afortunadas, Sánchez ha comprendido que la obediencia del votante se consigue por medio de la seducción: manipular los sentimientos del pueblo funciona mejor que apelar a sus razones.

Pedro se presenta ante los españoles como la encarnación del bien frente a quienes lo critican o aspiran a ocupar su lugar en la Moncloa, que son el mal. Él es el único campeador capaz de frenar a la ultraderecha heredera del franquismo y del nazismo que pretende derogar todos nuestros derechos y socavar la democracia adoptando múltiples formas: un día la de Milei, otra la del PP y Vox e incluso la del Estado de Israel. En los últimos días, nuestro adalid democrático ha conseguido identificar al peor de los enemigos, uno que amenaza el sistema de libertades español oculto tras una toga: el poder judicial.

Sánchez sabe que alguien como él, que alcanzó el poder asumiendo el rol de paladín anticorrupción, sólo puede enfrentar la imputación de su mujer por un presunto delito de tráfico de influencias presentándola como una componenda de los enemigos del pueblo contra su persona y, por ende, contra la democracia. El relato consiste, por tanto, en convencer al personal de la existencia de una cloaca judicial al servicio de la extrema derecha que quiere interferir en el resultado electoral atacando injustamente a su esposa.

Begoña no es una víctima inocente más, sino la VÍCTIMA, en mayúsculas, pues se le ha impuesto un sufrimiento inmerecido cuya finalidad no es otra que la de quebrar la determinación de su esposo de convertir a España en un baluarte del progreso y de los derechos humanos. Los socialistas jalean su nombre en los mítines para resarcirla a ella y a su esposo por su enorme sacrificio democrático.

Muchos no parecen percatarse de que Pedro no se limita a solicitar el voto a los españoles: también les está demandando protección, convirtiendo el resultado electoral en un plebiscito no sobre Begoña, sino sobre la judicatura, con el objetivo evidente de colocar a los juzgadores en la posición de los juzgados. De esta forma, el pueblo decidirá si la corrupción que ha de enjuiciarse es la de la mujer del presidente o la de los jueces que fiscalizan las decisiones de su gobierno. En resumidas cuentas: transformar el caso Begoña Gómez en el caso Juan Carlos Peinado, al que presentan como la punta del iceberg de un entramado judicial corrupto que aspira a subvertir la soberanía popular con sus resoluciones, bien sea autorizando el rezo del rosario

en Ferraz durante la jornada de reflexión contra el criterio de la delegación de Gobierno, bien investigando a la mismísima fiscalía por una presunta revelación de secretos o incluso cuestionando la idoneidad del Fiscal General o de otros altos cargos escogidos por el dedo divino de Sánchez.

Si las urnas respaldan esta estrategia del sanchismo, veremos por fin materializarse las medidas que el gobierno tiene preparadas para atajar el lawfare y que no pretenden otra cosa que someter al poder judicial: asaltar el Consejo General del Poder Judicial rebajando las mayorías para elegir a los vocales, reformando el sistema de acceso a la judicatura con el noble fin de democratizarlo y promoviendo jubilaciones anticipadas.

Son medidas con las que se disociará a los jueces y magistrados de su función elemental de impartir justicia, convirtiendo sus sentencias en una manifestación del sano sentimiento jurídico del pueblo, personificado –como no podía ser de otra manera– en el líder. Algo a lo que la Ley de Amnistía contribuirá de manera inestimable. Lamentablemente, muchos no son aún conscientes de que durante estos últimos años estamos asistiendo a una mutación constitucional orquestada por el populismo sanchista que nos aboca a una dictadura plebiscitaria, donde el único contrapeso al poder presidencial será un pueblo servil, adoctrinado y dominado, dependiente tanto emocional como económicamente de aquel cuya labor deberían fiscalizar. Los resultados del domingo pueden ser el clavo que apunte este proceso.



Pedro Sánchez quiere ser tan impune como sus socios amnistiados, con Conde-Pumpido de leguleyo

Francisco Rosell (*Vozpópuli*)

Si Feijóo cree que aterrizará en La Moncloa sin romper el marco de la izquierda, en el pecado llevará la penitencia

A medida que Pedro Sánchez se ve acuciado por la corrupción familiar y de partido, sufre descalabraduras electorales con cuatro puntos de sutura como en los comicios europeos de este 9 de junio, le dan esquinazo algunos socios occidentales al abrazarse a tiranos de todo orbe y disimula su «automoribundia» con sus tics autoritarios, se certifica que no está dispuesto a irse por las buenas, sino a atrincherarse demoliendo el orden democrático y parapetarse tras sus escombros. Abusando de un poder que codicia que sea absoluto, busca ser inmune e impune como sus socios golpistas tras amnistiarlos para subsistir en La Moncloa.

Cual déspota contemporáneo, arrolla la separación de poderes para anular la independencia judicial y amordazar a la prensa para que no le ponga ante el espejo de sus desafueros. En democracia, cuando un presidente sufre un revés como el de la cita europea tras vanagloriarse en las Cortes de que las ganaría de calle, éste adopta, ateniéndose a esos cánones, una de estas tres opciones según la envidia de la bofetada: ejercita la autocrítica comprometiéndose a rectificar acorde con el mensaje de la calle, anticipa urnas o, si el desastre es de mayor cuantía, abandona el cargo. De hecho, así han operado algunos de sus desairados colegas tras el 9-J.

Nada que ver con quien, tras salir escopetado de la sesión de control parlamentario del miércoles, escapó a la televisión gubernamental para sacar paquete tras quedar a medio montar la tarima desde la que planeaba festejar el éxito del 9-J que no fue. Ante dos solícitos entrevistadores que le deben sus gruesos emolumentos, Sánchez exhibió un paquete de ordeno y mando que, de fructificar, entrañaría la intervención gubernamental de la Justicia y de la Prensa. Ello henchiría de orgullo a un autócrata como el turco Erdoğan del que fue anfitrión al día siguiente.

El guardapolvos de Conde-Pumpido

Asidos a La Vela del BBVA, la colosal sede de la entidad en la que se amigan los intereses bancarios de españoles y turcos con un presidente y un consejero-delegado de estas nacionalidades, Sánchez y Erdoğan, partiendo de posiciones antagónicas, confluyen hoy en su mutua ignominia contra la Justicia y la Prensa. Sin duda, como colige la escritora turca Ece Temelkuran en *Cómo perder un país*, donde recuenta los daños infligidos por el populismo autoritario de Erdoğan desde 2002 para acá, «en el universo político, a diferencia del espacio físico, no existe una superficie resistente que uno pueda llamar fondo».

Si el régimen de Ankara, amén de encarcelar jueces, dicta a los periodistas las preguntas que plantear a Erdoğan, según reveló un diario minutos antes de una rueda de prensa del mandatario, en la España sanchista, hay medios que se las ponen a Sánchez como a Fernando IV para no perder el favor de tan entusiasta del billar como pésimo jugador. En su asomo a TVE, a Sánchez le faltó soltar: «Me alegro de que me haga la pregunta que le acabo de dictar», como en la vieja viñeta de Chumy Chumetz.

Si la Justicia rinde sus togas, si la Prensa declina de su deber y si la opinión pública se desentiende del Estado de Derecho, se allana el camino a la tiranía al no existir país inmune al despotismo. Menos cuando los autócratas del siglo XXI destruyen las democracias desde dentro en cuanto ganan en las urnas. Sin prisa, pero sin pausa, mutan el Parlamento en escribanía del Ejecutivo, someten al Poder Judicial y amordazan a los medios, a la par que degradan al Tribunal Constitucional para que valide sus tropelías. De hecho, para Sánchez, el Tribunal de Garantías Constitucionales es más bien Corte de Apelación mediante la cortesanía de un presidente como Conde-Pumpido que, más que toga, gasta guardapolvo de sus afectos desde su época como Fiscal General del Estado. Allí hizo escuela si se observan las reprobadas hazañas de quien hoy ocupa su sitial en el Ministerio Público.



Los autócratas del siglo XXI, como diagnostica Moisés Naím, exministro de Venezuela con el socialista de Carlos Andrés Pérez, están reinventando la política por la fórmula de las tres pes: populismo, polarización y posverdad, desempeñando ésta última un rol capital. Al ser más sutil que una simple mentira, desborda los límites de la política convencional y borra las líneas rojas que obligan a un gobernante a dejar el cargo si no las respeta. Con el político posmoderno, la dimisión roza lo insólito. Baste los botones de muestra la falsa espantada de Sánchez, el sucedáneo de ida de Yolanda Díaz, el «me lo pienso» de Junqueras o el «dimitiré si no gano las elecciones» de Puigdemont.

Las naciones que no preservan el equilibrio de poderes se deslizan por la pendiente del despotismo y arruinan el orden constitucional configurando tiranías en las que nadie está seguro de sus opiniones, de su libertad o de su propiedad. De ahí que la contrarreforma democrática de Sánchez, con la complicidad de sus sosias Frankenstein, para domeñar el órgano de gobierno de los jueces rebajando la mayoría cualificada para renovarlo, para designar a discreción togados para la Corte Suprema y para alterar el acceso a la carrera judicial retrotraen al PSOE guerracivilista de aquella II República sin demócratas. «Para dictar justicia de clase –desfogaba la chequista Margarita Nelken, a la sazón diputada socialista–, no hacen falta magistrados reaccionarios. Basta con un panadero. No importa que no sepa de leyes con tal de que sepa lo que es la revolución». Si Sánchez reivindicó a Largo Caballero, ahora lo hace por la vía fáctica con Nelken para criminalizar a los magistrados que meten la nariz en el olor a podrido de La Moncloa y de Ferraz, y que a él le sirvió para la moción de censura que defenestró al «indecente» Rajoy.

Al afirmar cuanto niega, Sánchez transparentó al lado de Erdoğan su real leitmotiv al aseverar que no le mueve la «lucha de poder» –*excusatio non petita, accusatio manifesta*–, sino finiquitar un bloqueo que cuesta 12,5 millones al año y demora más de mil causas por no poderse cubrir vacantes en altos tribunales. ¡Como si el sofista no fuera el autor del estropicio al haberle suspendido esa competencia, con la avenencia de su camarlengo Conde-Pumpido, al CGPJ en funciones!

Como habitúa, Sánchez se vale de la excepcionalidad, al igual que con el Covid, pese a las dos cartulinas rojas que le mostró aquel otro TC previo al asalto sanchista. Antaño se adueñó de facultades propias de otras instancias o magistraturas, y hogaño tuerce leyes y horada un butrón a la Constitución para que los jueces sean sus domésticos. Como con la amnistía, goza de la venia de Conde-Pumpido, quien amparará la degeneración democrática en base a la excepcionalidad que, a la sazón, propicia quien se beneficia de ella. Estando en minoría en el TC, ya Don Nada Cándido quiso librar a Sánchez un cheque en blanco contra la legalidad constitucional con la disculpa del Covid. Al fracasar, tildó a sus iguales de «legos» y de «juristas de salón» quien no deja de ser un jurista de salón, pero del Oeste.

En esta reacción despótica, nadie descarte que Sánchez se asista del presidente interino del CGPJ, Vicente Guilarte, gran amigo de Marlaska y su avanzadilla, para abrirle el portillo de la traición a quien ambiciona ser el gran elector de jueces y entronizarse como Juez Supremo. «Guilarte, qué arte», piando en varios sentidos, actúa como los teros del poema de Martín Fierro: «De los males que sufrimos, /Mucho hablan los puebleros, /Pero son como los teros/ Para esconder sus niditos; /En un lado pegan los gritos, /Y en otro tienen los huevos». Con tal autócrata, no hay más poder que el suyo y tres funciones subsidiarias – ejecutiva, legislativa y judicial– como en la democracia orgánica franquista. Ante una interferencia política que corrompe la Justicia e incapacita su alta encomienda, los jueces han de ser «fiera, altanera, soberbia, insensatamente independientes», como lo es la amplia mayoría.



Esta involución democrática culmina un sexenio en el que Sánchez arribó a La Moncloa enarbolando la enseña de la anticorrupción que hoy enloda con los agios de familia y de partido. Lejos de sofocarla, la extiende y patrimonializa con el oprobio de haber sido apologeta de la misma en la Andalucía de los ERE socialistas. Como era previsible tras jalear a Magdalena Álvarez con la que le faltó ponerse a jugar al corro de la patata, ahora se apresta a conmutar las penas a quienes perpetraron la mayor estafa registrada a una administración pública enfangando a un TC en funciones de Supremo del Tribunal Supremo.

Sin pudor y sin rubor. Con un magistrado con sendos cargos con Chaves y Griñán, con otras dos que hicieron carrera con el PSOE andaluz, galardones incluidos, y una cuarta proveniente del Ministerio de Presidencia, toda aquella manga de ladrones se irá de rositas por ser del partido del puño y la rosa. Todo por mor del atrabiliario argumento de que la mayoría absoluta socialista en el Parlamento al aprobar los Presupuestos de la Junta, donde figuraba la partida secreta del fondo de reptiles de los ERE fraudulentos, legitimó el proceder de la consejera de Hacienda, Magdalena Álvarez. Haciendo virutas de todas las resoluciones judiciales, aquellos socialistas agraviados porque se indultara y amnistiara a los golpistas catalanes, y no a los suyos, ya carecerán de motivo de queja merced a la piscina probática de sanación de la Cámara de Garantías Socialistas que regenta Conde-Pumpido.

Por esa vía de impunidad, la corrupción seguirá siendo a la política como la sombra al cuerpo, mientras España retrocede en el Índice de Percepción de la Corrupción, pero a Sánchez le permite conservar esos cinco millones de fámulos a los que entretiene con el sonajero de bebé gruñón de la ultraderecha con la adquisición del jeta de Alvis. Tras cosechar tres euroescaños con Se acabó la fiesta para luego irse de fiesta, una vez garantizada su inmunidad, el ventrílocuo Sánchez, al que no se le cae su nombre de la boca, ya tiene su Monchito. Como Mitterrand promocionó a Le Pen padre y González a Jesús Gil para que su declive electoral no les apeara del Elíseo o La Moncloa.

Estando así las cosas, como jefe de la oposición, Feijóo no puede esperar que Sánchez caiga por su propio pie y menos hacerle el juego con una negociación que haga tabla rasa del Estado de Derecho. En contraste con la izquierda, el PP olvida el principio de Gramsci de que un triunfo político siempre está precedido de una victoria ideológica. Si Feijóo cree que aterrizará en La Moncloa sin romper el marco de la izquierda, en el pecado llevará la penitencia. En suma, que

se deje de apaños con quien no sólo quiere acabar con la independencia judicial y la libertad de Prensa retrotrayéndose a la censura previa anterior a la tardofranquista Ley de Prensa de Fraga, sino imposibilitar la alternancia. Al contrario de lo que le dijo a Jordi Évole en 2014, Sánchez no iba a «renunciar a todas aquellas comodidades que han hecho peor al PSOE», como la elección partidista del CGPJ, sino a excederlas para sus vicios y excesos. De ahí la presteza que se urge de Feijóo en esta emergencia porque, como dicen los perspicaces venecianos, «el mercader que su trato no entiende que la tienda cierre». Al Manual de resistencia de quien carece de escrúpulos no cabe replicar con el Manual del perfecto idiota.
